


HABITANDOME/Nicolás Lynch

Aries ediciones

© Nicolas Lynch. Lima, diciembre de 1984.
Carátula y dibujos interiores: Enrique Jacoby Martínez.
Foto: Manuela Andreozzi.



A Carmela, el principio.



Entre tú y la escritura.
El oficio,
casi clandestino, de

escriba
escribano
escribidor.

Las palabras,
repetirlas y escuchar sus inflexiones.

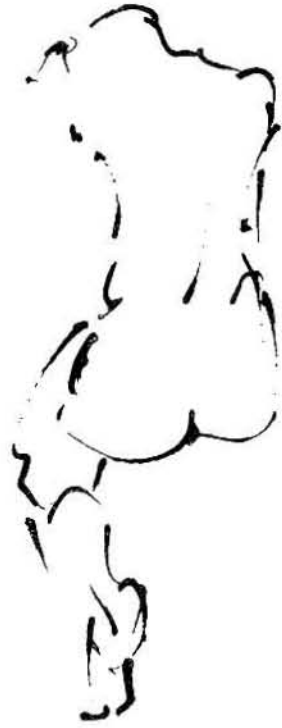
Y lo sabes,
quizá por ello, tú y mi escritura.
La devolviste,
habitándome.

lejania

Desapareces
en el murmullo de nuestros mundos.
Dejas estelas al trote.

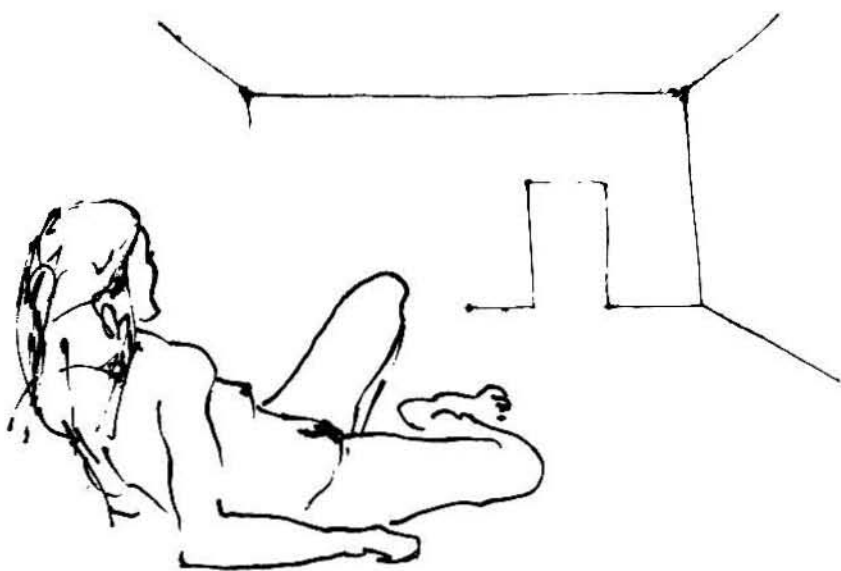
A tus espaldas
la vida ha terminado.

He revisado lo que dejaste
pero fuiste cauta,
no hay huellas.
Como para quedar presente
y contarle a los amigos
que eras la invicta morena alta
del norte de tu país,
nieta de gallegos
y amante
de Francisco Villa.



Pactamos en una más
como si la espuma nos hubiera animado
y ese día no hubo trotes de cinco kilómetros
ni el hastío de un domingo por la tarde.
Fueron cinco y heladas
a pesar de lo bravo de junio.
Y es que corrieron con sus humores por las venas
como queriendo llevarnos a lugares de tantos encuentros.
De una a seis y se repite la constante
porque te fuiste con las primeras luces de la noche
cuando tu rostro pretendía de un rosado adolescente y
no me queda sino lo quebrado de tus formas
al levantarte de vez en vez.
Era peligrosísimo
e hiciste bien
de correr a los brazos de tu Señor.
(¡Qué envidia!)

De nuevo en mis lugares,
cargado de tu tierra,
con tu olor entre las ropas,
he querido encontrarte en mi equipaje.
Despierto con tus formas en las manos.
Tu pelo acude a enredarse entre mis brazos y trae de nuevo
tus silencios
—ríete, que hoy los encuentro solemnes.—
Son mis gozos,
que a veces quisieran resolverse
en la humedad de la memoria.



Sin dejarte sola en un bar
porque no.
Y que esta vez sean justo
dos, pero pequeñas
para irme,
envuelto en orgullo
y completo,
a otras comarcas.

amores

Amanecí con ganas
de que mis torpezas fueran otras
y los dedos capaces de hacer trazos.
Aparecías con una sonrisa pequeña
tus dientes separados
la blusa de la vez pasada
y los cabellos en buen desorden.
Tomaste un lugar en mi mañana sin pedirlo
y eso fue importante.

Lejos,
puedo medir tu altura mi pequeña.
Guardar como dije tu último tamaño.
Saber que formas mis estaciones.
Mirarte,
en los helados de vainilla
en tus comentarios de la lúcuma.
Saber, saberme, saberte,
interminable.

A la musa del origen
antes de nosotros.
De los niños en Angamos
y tu gusto por las rosas
y los cuatro
 hechos con tus manos.

Más tarde en otras playas
atrapado, por carecer de recuerdos,
continué sin confiarte mis amores.
Al margen
 de las prohibiciones.

Pero hoy que te miro
me causas otra vez,
ese, tu gusto por las rosas.
Carmela, Carmela,
que vengo de tu vientre.

De cómo te veías entre los trastos del anticuario de tu madre
es algo a lo que no sé si ponerle interrogantes o admiración.
Lo rubio de tus cabellos y el rojo de los costados
resaltaban contra el tono madera del fondo,
despidiendo haces que me tenían sumido en una timidez fuera
(de pronóstico.
No se escaparon los ojos entre tantos objetos
tus desconocidos atributos de sirena habían embargado al
(bucanero.



Porque tu presencia supera los recuerdos.
Poder mirar tus mejillas y tocarlas
entablar con ellas un diálogo infinito.
Verte menuda, dueña de tus horas,
incapaz de transgredir dominios ajenos.
De sonrisas leves
recogida detrás de tus mantos
que te protegen del invierno y los caminantes.
Rigurosa en tus quehaceres
todos ellos dignos de una densidad mayor que la de tus cejas.
En pleno dominio de las heredades
tuviste cuidado de abrir las puertas de los cielos.
No sé aún cuánto hubo de asalto.
Brindaste una rendija y fue suficiente
para mis atrevimientos.
Los tuviste todos
y no es fácil ni común darlos de golpe.
Te convertiste en la señora de mi audacia,
logrando componer una sinfonía
que hizo el tiempo más largo.

Entre humos negros
sin inmutarte,
miras, flaca,
tus herencias
y haces el mundo pequeño.

**La noche avanza
y no encuentro cómo decírselo.
Simplemente es un silencio
que da
alaridos.**

Un café no es mucho
de acuerdo
pero merece tus respetos
y un beso.

Dulcinea existe
porque existe un Quijote a la medida de mis ansias.
Cuando quieres aguantar unos minutos
antes que las palabras sean irrepetibles.
Pero no hay culpables,
es tu presente
la falta de respuesta
a quien no pretende
desposar caballeros andantes
en plena
segunda mitad
del siglo veinte.

Duro en tu pelo, en el mío
en las manos que se cruzan y se van,
en lo amargo y dulce de tus ojos mezclados con los míos.
Y el pelo castaño claro por la cara
que nada dice cuando las cosas no son
ni castañas ni claras, ni mías ni tuyas,
y no hay que beber
ni dedos que se crucen
ni tus ojos.

hogar



Correrías de hogar
de ambientes contiguos
con platos y risas.
Tus gritos, los de ella,
las primeras palabras
y nuestras últimas.
Así son mis ganas
por hacerlo de nuevo,
sin quejas,
y cuesta.

Lejos,
puedo medir tu altura mi pequeña.
Guardar como dije tu último tamaño.
Saber que formas mis estaciones.
Mirarte,
en los helados de vainilla
en tus comentarios de la lúcuma.
Saber, saberme, saberte,
interminable.

A la musa del origen
antes de nosotros.
De los niños en Angamos
y tu gusto por las rosas
y los cuatro
 hechos con tus manos.

Más tarde en otras playas
atrapado, por carecer de recuerdos,
continué sin confiarte mis amores.
Al margen
 de las prohibiciones.

Pero hoy que te miro
me causas otra vez,
ese, tu gusto por las rosas.
Carmela, Carmela,
que vengo de tu vientre.

Los poemas recogidos en este libro han sido en su mayor parte escritos entre 1982 y 1984, aunque también se han incluido, dentro del orden temático presentado, algunos textos anteriores de principios de los setentas.

**Este libro se terminó de imprimir
el día 29 de noviembre de 1983
en los Talleres Gráficos
de Tarea, Asociación de Publicaciones
Educativas.**